

Temple, acompañado de Santerre, de una diputación del Ayuntamiento, del tribunal criminal y del secretario del consejo ejecutivo. Luis XVI esperaba hacia cuatro días á sus defensores, solicitando inútilmente verlos. El 20 de enero, á las dos de la tarde, los esperaba todavía, cuando de repente oye el rumor producido por una numerosa comitiva, adelántase, y al divisar á los enviados del consejo ejecutivo, se detiene con dignidad á la puerta de su habitación, sin inmutarse al parecer. Garat le dice entonces con tristeza que está encargado de comunicarle los decretos de la Convención. Grouvelle, secretario del consejo ejecutivo, procede á la lectura. Por el primero se declara á Luis XVI culpable de atentado contra la seguridad general del Estado; por el segundo se le condena á muerte; por el tercero se niega toda apelación al pueblo; y por el cuarto, en fin, se ordena la ejecución en el término de veinticuatro horas. Luis XVI, dirigiendo una tranquila mirada á todos cuantos le rodean, toma la sentencia de manos de Grouvelle, guárdala en su bolsillo, y lee á Garat una carta en la que pide tres días para prepararse á morir, un confesor que le asista en sus últimos momentos, permiso para preparar á su familia, y licencia para que ésta pueda salir de Francia. Garat toma la carta prometiendo entregarla al punto á la Convención, y el rey le da al mismo tiempo las señas del eclesiástico de quien desea recibir los últimos auxilios.

Luis XVI volvió á su habitación con mucha calma, pidió su comida, y comió como de costumbre. Al ver que se le habían suprimido los cuchillos, y como rehusasen dárselos, exclamó con dignidad: «¿Me creen tan cobarde que atente contra mi vida? Soy inocente, y moriré sin temor.» Fuéle forzoso prescindir del cuchillo; acabó de comer, y volvióse á su habitación, esperando allí con la mayor sangre fría la contestación á su carta.

La Convención rehusó el sobreseimiento, accediendo á todas las demás demandas. Garat envió á buscar á Mr. Edgeworth de Firmont, el eclesiástico elegido por Luis XVI; hízole subir en un coche y le condujo al Temple, adonde llegó á las seis, presentándose acto continuo en la gran torre acompañado de Santerre. Garat manifestó al rey que la Convención le permitía llamar á un ministro del culto, y ver á su familia sin testigos; pero que negaba la petición de sobreseimiento.

Garat añadió que había llegado Mr. Edgeworth, que esperaba en la sala del consejo, y que iban á introducirle. El ministro se retiró al decir estas palabras, cada vez más sorprendido y conmovido de la tranquila unanimidad del príncipe.

Apenas introducido en la habitación del rey, Mr. Edgeworth quiso postrarse á sus pies; pero el rey se apresuró á levantarlo, y vertió con él lágrimas de enternecimiento. Pidióle después, con la más viva curiosidad, noticias del clero de Francia, de varios obispos, y sobre todo del arzobispo de París, rogándole asegurase á este último que moría fiel á su comunión.

Habiendo dado ya las ocho, levantóse, suplicando á Mr. Edgeworth que esperase; salió poseído de profunda emoción, y dijo que iba á ver á su familia. Los agentes del Ayuntamiento, no queriendo perder de vista al rey, ni aun mientras estuviese con aquélla, habían resuelto que la viese en el comedor, que estaba cerrado por una puerta vidriera, y en el cual podrían observar todos sus

movimientos sin oír sus palabras. El rey entró é hizo poner agua sobre una mesa para auxiliar á las princesas si lo necesitaban; después comenzó á pasearse, esperando el doloroso momento en que se presentarían los seres que le eran tan caros. A las ocho y media abrióse la puerta; la reina, llevando al delfín de la mano, madama Isabel y madama Royale se precipitaron en los brazos de Luis XVI, prorrumpiendo en amargos sollozos. Cerróse al punto la puerta y delante de las vidrieras se situaron los agentes del Ayuntamiento, Clery y Mr. Edgeworth, para ser testigos de aquella entrevista desgarradora. En el primer instante fué aquello una escena confusa, imagen de la desesperación; los gritos y los lamentos impedían oír las palabras; pero al fin apuráronse las lágrimas, y las princesas, abrazadas siempre al rey, le hablaron algún tiempo en voz baja. Después de una conversación bastante larga, silenciosa á veces, levantóse el rey para substraerse á tan dolorosa situación y prometió ver de nuevo á su familia á las ocho de la mañana siguiente. «¿Nos lo prometéis?», preguntaron con inquietud las princesas. «Sí, sí,» contestó el rey trasapado de dolor. En aquel momento, la reina le había cogido del brazo, madama Isabel del otro, y madama Royale tenía á su padre abrazado por la cintura, mientras el joven príncipe, colocado delante, daba la mano á su madre y á su tía. En el momento de salir, madama Royale cayó desvanecida, y se la llevaron al punto, en tanto que el rey, agobiado por el dolor que le causó aquella escena cruel, volvía á reunirse con Mr. Edgeworth. A los pocos instantes pudo tranquilizarse y recobró toda su calma.

Mr. Edgeworth le ofreció entonces decir la misa, que hacía tanto tiempo no había oído. Después de algunas dificultades el Ayuntamiento consintió en esta ceremonia, y se enviaron á pedir á la inmediata iglesia los ornamentos necesarios para la mañana siguiente. El rey se acostó á media noche, recomendando á Clery que le despertase antes de las cinco. Mr. Edgeworth se echó en una cama, y Clery quiso permanecer junto al lecho de su señor, contemplando el tranquilo sueño de que gozaba en la víspera de subir al cadalso.

Mientras sucedía esto en el Temple, presenciábase en París una escena espantosa: en ciertos sitios pululaban hombres indignados por lo que sucedía, mientras que los más, ó indiferentes ó aterrorizados, no se movían. Un guardia de corps, llamado París, había resuelto vengar la próxima muerte de Luis XVI en uno de sus jueces. Lepelletier-Saint-Fargeau, así como otros muchos hombres de su rango, había votado la muerte para que se olvidara su origen y su fortuna, excitando con ello más indignación en los realistas, precisamente por la clase á que pertenecía. En la tarde del 20, hallándose en un restaurant del Palacio Real, mostráronsele al guardia de corps París, cuando se sentaba á la mesa. El joven, que iba embozado en una ancha hopalanda, se presenta ante el diputado y le dice: «¿Eres tú, bribón de Lepelletier, quien ha votado la muerte del rey?—Sí, contesta el interpelado; pero no soy un bribón; voté según mi conciencia.—¿Pues toma, replica París, ahí tienes tu recompensa!» Y al pronunciar estas palabras, le hundió en un costado toda la hoja de su sable. Lepelletier cae, y París desaparece antes de que haya tiempo de apoderarse de su persona.

Al momento circula por todas partes la noticia del hecho, que es denunciado á la Convención, á los jacobinos y al Ayuntamiento, y da mayor consistencia á los rumores de una conspiración de realistas, cuyo objeto

Al día siguiente, 21 de enero, al dar las cinco en el Temple, despiértase el rey, llama á Clery, preguntándole qué hora es, y se viste con mucha calma, felicitándose por haber recobrado fuerzas con el sueño. Clery en-



sería dar muerte á todos los individuos de la izquierda, libertando al rey al pie del cadalso. Los jacobinos se declaran en sesión permanente, y envían nuevos comisionados á todas las autoridades, y á las secciones, para estimular el celo y poner á todo el pueblo sobre las armas.

ciende fuego, y transporta una cómoda para convertirla en altar; Mr. Edgeworth reviste los ornamentos sacerdotales y comienza á celebrar la misa; Clery le ayuda, y el rey la oye de rodillas con el mayor recogimiento. Acto continuo recibe la comunión de manos del sacerdote, y después de la misa levántase lleno de

uerza, y espera con serenidad el momento de ir al cadalso. Entretanto pide unas tijeras para cortar su cabello por sí mismo, á fin de substraerse á esta humillante operación hecha por manos de los verdugos; pero el Ayuntamiento rehusa dárselas por desconfianza.

En aquel momento se oye el redoble del tambor en la capital; todos los que formaban parte de las secciones armadas se dirigen á sus compañías con la mayor sumisión; los que no estaban obligados á figurar de modo alguno en aquella terrible jornada se ocultan en sus casas; las ventanas y las puertas se cierran, y cada cual espera en su vivienda el fin de aquel triste acontecimiento. Decláse que cuatrocientos ó quinientos hombres fieles debían caer sobre el coche y arrebatar al rey. La Convención, el Ayuntamiento, el Consejo ejecutivo y los jacobinos estaban en sesión.

A las ocho de la mañana se dirige al Temple Sante-rré con una diputación de la municipalidad, del departamento y del tribunal del crimen. Al oír Luis XVI el rumor, levántase y se dispone á marchar. No había querido ver otra vez á su familia, á fin de no renovar la triste escena de la víspera; pero encarga á Clery que dé en su nombre el último adiós á su esposa, á su hermana y á sus hijos, confiándole al mismo tiempo un mechón de pelo y diversas alhajas para que se las entregase.

Después le estrecha la mano, dándole gracias por su servicio, y dirigiéndose á uno de los agentes municipales, le ruega que transmita su testamento á la corporación. Este agente era un antiguo sacerdote, llamado Jacobo Raux, quien le contesta brutalmente que sólo está encargado de conducirlo al suplicio, y no de desempeñar sus comisiones. Encárgase otro de ello, y volviéndose el rey hacia la comitiva, da con tranquilo acento la orden de marcha.

Dos oficiales de la gendarmería iban en la parte anterior del coche, y el rey y Mr. Edgeworth en el fondo. Durante el camino, que fué bastante largo, el príncipe leyó en el breviario del sacerdote las oraciones de los agonizantes, y los dos gendarmes estaban admirados de su piedad y de su tranquila resignación. Según se dice, tenían orden de darle muerte si el coche era atacado;

pero no ocurrió ninguna demostración hostil desde el Temple hasta la plaza de la Revolución.

Alrededor había una multitud armada, y el coche avanzaba lentamente en medio de un silencio universal. En la plaza se había dejado un gran espacio libre alrededor del cadalso, y en todo el circuito de este espacio se situaron varios cañones. Los confederados más exaltados guardaban las inmediaciones del patíbulo; detrás de sus filas estaba el vil populacho, siempre dispuesto á ultrajar al genio, á la virtud y al infortunio, cuando se le da la señal, y era el único que daba algunas muestras de satisfacción, mientras que los demás sepultaban en el fondo de su alma sus sentimientos.

A las diez y diez minutos se detiene el coche; incorpórase Luis XVI con vigor y baja á la plaza; preséntanse tres verdugos al momento; pero recházalos, y se desnuda él mismo; y al ver que trataban de atarle las manos, hace un movimiento de indignación, y parece dispuesto á defenderse. Mr. Edgeworth, cuyas palabras fueron entonces sublimes, le dirige una última mirada diciéndole: «Tolerad este ultraje como última semejanza con el Dios que va á recompensaros.»

Al oír estas palabras, la víctima, resignada y sumisa, se deja atar y conducir al cadalso. De pronto Luis XVI da un paso, sepárase de los verdugos, y se adelanta para hablar al pueblo. «¡Franceses, exclama con voz sonora; muero inocente de los crímenes que se me imputan; pero perdono á los autores de mi muerte, y pido que mi sangre no recaiga sobre Francia.» Iba á continuar, pero en aquel instante se da la orden de tocar los tambóres; un redoble impide que se oiga la voz del príncipe; los verdugos se apoderan de él, y Mr. Edgeworth le dirige estas palabras: «¡Hijo de San Luis, subid al cielo!»

Apenas hubo corrido la sangre, cuando algunos furiosos se lanzaron para humedecer en ella sus picas y sus pañuelos.

Diseminanse después por París á los gritos de *¡Viva la república! ¡Viva la nación!*, y llegan hasta las puertas del Temple para hacer alarde de la brutal y falsa alegría que la multitud manifiesta al nacer todos los príncipes, á su advenimiento al trono y á su caída.

CAPITULO VI

Situación de los partidos después de la muerte de Luis XVI. — Cambios en el poder ejecutivo. — Retirada de Roland. — Nómbrase á Beurnonville ministro de la Guerra en reemplazo de Pache. — Situación de Francia respecto á las potencias extranjeras. — De qué modo figuró Inglaterra. — Política de Pitt. — Situación de nuestros ejércitos en el Norte. — Anarquía en Bélgica á consecuencia del gobierno revolucionario. — Dumouriez vuelve á París. — Su oposición á los jacobinos. — Segunda coalición contra Francia. — Planes de defensa general propuestos por Dumouriez. — Leva de trescientos mil hombres. — Invasión de Holanda por Dumouriez. — Detalles de los planes y operaciones militares. — Pache es nombrado corregidor de París. — Agitación de los partidos en la capital. — Su aspecto, su lenguaje y sus ideas en el Ayuntamiento, en los jacobinos y en las secciones. — Disturbios en París con motivo de las subsistencias. — Saqueo de las tiendas de comestibles. — Continuación de la lucha entre los girondinos y montañeses. — Sus fuerzas y sus medios. — Reveses de nuestros ejércitos en el Norte. — Decretos revolucionarios para la defensa del país. — Establecimiento del *tribunal criminal extraordinario*. — Tempestuosas discusiones en la Asamblea con este motivo. — Acontecimientos en la noche del 10 de marzo. — Se frustra el ataque contra la Convención.

La muerte del infortunado Luis XVI causó en Francia un terror profundo y en Europa una mezcla de asombro y de indignación. Según lo habían dicho los revolucionarios más sagaces, la lucha quedaba empeñada sin remedio, cerrándose irrevocablemente toda retirada. Era preciso, pues, combatir la coalición de los tronos y vencerla, ó perecer bajo sus golpes; y así es que en la Asamblea, en los jacobinos, en todas partes declábase que sólo se debía pensar en la defensa exterior, y desde aquel momento las cuestiones de guerra y de hacienda estuvieron constantemente á la orden del día.

Ya se ha visto qué temor se inspiraban mutuamente los dos partidos interiores. Los jacobinos creían ver un peligroso resto de realismo en la resistencia opuesta á la condena de Luis XVI y en el horror que causaban á muchos departamentos los excesos cometidos desde el 10 de agosto. Por eso dudaron de su victoria hasta el último momento; pero la fácil ejecución del 21 de enero les tranquilizó por fin. Desde aquel instante comenzaron á creer que la causa de la revolución podía salvarse, y prepararon informes para ilustrar á los departamentos y ganarlos del todo. Los girondinos, por el contrario, conmovidos ya por la suerte de la víctima y alarmados además por la victoria de sus implacables enemigos, comenzaban á entrever en el acontecimiento del 21 de enero el preludio de prolongados y sangrientos furores y el primer hecho del inexorable sistema que ellos combatían. Habíase transigido, á decir verdad, con la persecución de los septembristas; pero esto era una concesión sin resultado. Al abandonar á Luis XVI, quisieron probar que no eran realistas, y al desentenderse sus contrarios de los autores de las ocurrencias de septiembre, hicieronlo sólo para demostrar que no se protegía el crimen; pero esta doble prueba no satisfizo ni tranquilizó á nadie. Considerábase siempre á los girondinos como débiles republicanos, casi realistas, y ellos veían siempre en sus adversarios enemigos sedientos de sangre y de carnicería. Roland, completamente desanimado, no por el peligro, sino por la manifiesta imposibilidad de ser útil, presentó su dimisión el 23 de enero. Felicitáronse los jacobinos; pero clamaron al punto que

aún quedaban en el ministerio los traidores Claviere y Lebrún, de los cuales se había hecho dueño el intrigante Brissot; que el mal no se había extirpado del todo; y que, lejos de aflojar, era preciso por el contrario redoblar el celo hasta que estuvieran separados del gobierno los *intrigantes*, los *girondinos*, los *rolandistas*, los *brissotistas*, etc. Los girondinos pidieron en el acto la reorganización del ministerio de la Guerra, que se hallaba ya en el más deplorable estado por efecto de la debilidad de Pache con los jacobinos. Después de violentas discusiones, Pache fué depuesto por incapaz, y de este modo quedaron excluidos del gobierno los dos jefes que se compartían el ministerio y cuyos nombres habían llegado á ser los dos polos opuestos de unión. La mayoría de la Convención creyó haber hecho con esto alguna cosa en favor de la paz, como si al suprimir los nombres de que se servían las pasiones enemigas no debieran sobrevivir éstas para hallar otros nuevos y continuar la lucha; Beurnonville, el amigo de Dumouriez, apellidado el *Ajax francés*, fué llamado para encargarse del ministerio de la Guerra; no le conocían aún los partidos sino por su bravura; pero su amor á la disciplina le iba á poner muy pronto en oposición con el genio desordenado de los jacobinos. Después de adoptar estas medidas, se pusieron á la orden del día las cuestiones de Hacienda, las más importantes en aquel momento supremo en que la revolución debía luchar contra toda Europa. Al mismo tiempo se decidió que en el término de quince días lo más tarde presentara su informe el comité de Constitución, y que inmediatamente después se tratara de la instrucción pública. Muchos hombres que no conocían la causa de los disturbios revolucionarios figurábanse que á la falta de leyes se debían todas las desgracias del Estado, y que la Constitución remediaría todos los desórdenes. He aquí por qué muchos girondinos y todos los representantes de la Llanura no cesaban de pedir la Constitución y de quejarse de las dilaciones que se oponían, diciendo que su misión era constituir. Creíanlo así en efecto; imaginábanse todos que sólo habían sido llamados con este fin y que su tarea podría terminarse en algunos meses. Aún